se le ponía en el duro caso de las represalias, él no podría ser culpado de las consecuencias.

Con habilidad se ocultaban en el Manifiesto las verdaderas causas de la guerra y las intenciones del gabinete de Washington, que no eran otras que la expansión de aquella República hacia el Sur, tendencia muy marcada en las administraciones de los Presidentes Polk y Buchanan, y resultado también del instinto de ocupación que caracteriza á los pueblos del Norte. Y la prueba mejor es, que se insistió en la ocupación de Texas, segregada de México por las influencias de la vecina República, que no contenta con esa fértil porción de nuestro territorio, se hizo ceder á Nuevo-México y la Alta California; esto demuestra la ambición desmedida que agitaba á la sociedad norte-americana, á cuya ambición le marcó un límite la Providencia en los años de 1860 á 1865. Las contribuciones fuertes que imponía el general Scott y el tráfico escandaloso de sangre humana que se hacía en su país, quitaban á su Manifiesto la fuerza que pudieran darle algunas razones contenidas en tan notable documento. Desde el año de 1803 el Ejecutivo de los Estados-Unidos había gestionado en la corte de Madrid, al comprar la Luisiana al gobierno francés, que los límites de este territorio llegaran hasta el Río Bravo, y aunque al recibir las Floridas en 1819 parecieron ceder de su intento, después renovaron sus pretensiones y vinieron á concluir en 1848, en lo mismo á que aspiraban en 1803.

CAPITULO QUINTO.

Energía del partido que estaba por la guerra.—Santa-Anna resuelve defender la capital.—Avanza de Puebla el ejército norte-americano.—Desastres de Padierna y Churubusco.—Armisticio.—Conferencias en Atzcapotzalco.—Continúa la guerra.—La ocupación militar.—El Molino del Rey y Chapultepec.—Los norte-americanos en la capital mexicana.—Tratado de Guadalupe Hidalgo.—Mensaje del Presidente Polk al presentar al congreso el tratado de paz.—D. Lucas Alamán se dirige al Sr. Gutiérrez de Estrada.—Nuevos escritos de este señor en Roma.—Comenta las proclamas del general Scott.—Lamenta la falta de alianzas europeas.—Sus ideas sobre equilibrar el poder entre la Europa y los Estados-Unidos.—Razones contra la absorción de México por estos.—Consejos de los monarquistas.

Perdida Veracruz y derrotadas las tropas mexicanas en Cerro Gordo, la situación de Puebla pareció ser muy comprometida; sin embargo no fué así, quedando abandonada al invasor que creía muy fácil llegar hasta la capital, donde apenas hacía veintiséis años se había levantado con risueñas esperanzas la bandera tricolor, ó conseguir antes un avenimiento en el que el gobierno de México accediera á la demarcación de límites propuesta por el gobierno norte-americano. Los reveses del ejército y la toma de varias ciudades mexicanas, no amedrentaron al partido que estaba por la guerra, el crecimiento del conflicto aumentaba el disgusto público y cundió la indignación en los pechos de los que ansiaban vengar ultrajes tan gratuitos y la sangre derramada por los que perseguían una conquista.

Había sonado la hora de inmensos sacrificios y de las más duras pruebas, debidas en gran manera, no tanto al poder de los invasores, cuanto á las constantes dis-

cordias y funestos extravíos, que debilitando las fuerzas de la Nación, la condujeron á ser presa fácil de un puñado de intrépidos aventureros. El patriotismo siempre cuenta con recursos, que muchas veces no son más que espejismos de grandes deseos; si los ejércitos acaban en un día, en una campaña desgraciada, quedan los pueblos que no mueren, queda la Providencia defensora de las causas justas, nunca es tarde para pelear por la Patria y para rehabilitarse una Nación ante el mundo por sus hechos esforzados, y si no se puede competir en armas y en disciplina con el invasor, queda la guerra de insurrección, con sus asaltos, sus ataques repentinos, con la interceptación de los caminos, sin comprometer acciones decisivas; tales eran los votos y las resoluciones de los partidarios de la guerra que volvían sus miradas á las ásperas montañas del Sur, recordando que allí nunca fueron vencidos los sostenedores de la Independencia. Nada de paz, exclamaban en sus periódicos, en sus reuniones, guerra sin tregua hasta sepultar á los invasores ó arrojarlos de México, y por testigos de sus firmes propósitos ponían los manes venerables de Hidalgo, Morelos, Guerrero y demás héroes de la guerra de insurrección.

Santa-Anna resolvió defender la capital y á la vez presentaba su renuncia que no le fué admitida, tomó el mando supremo y fué jurada la Constitución del año de 1824, con las reformas que le decretó el congreso. Ya el partido que estaba por la paz se había aumentado considerablemente y tenía un órgano en el periódico llamado el "Regenerador." En una junta de guerra se había convenido en que no había dinero para defender la capital, faltaba artillería y se necesitaba para ello un número de soldados superior al que existía en toda la República, se creyó que convenía hostilizar al invasor en guerrillas y en determinados puntos fortificados, proteger la deserción y determinar un levantamiento dentro de Puebla, donde permanecieron en quietud los invasores cerca de tres meses. Precisamente por estos días se cumplió el tiempo de enganche de tres mil voluntarios, que estaban al mando del general Patterson y quedó reducida la fuerza de los invasores, á lo más, á siete mil soldados; pero pronto comenzaron á llegar refuerzos hasta ascender el número total á veinte mil.

La agitación de los partidos producía el desconcierto y aumentaba la espectativa y la ansiedad que á cada nueva fase presentaba la escena pública. Era censurado Santa-Anna en los periódicos de oposición, acusándole de débil para hacer la defensa nacional y enérgico para perseguir á los ciudadanos más distinguidos; que engañaba á la Nación publicando manifiestos plagados de falsedades é hipocresías, y que simplemente había peleado, cuando su misión era pelear bien.

Las tropas de algunos Estados fueron llegando á la capital; quedó cortada la comunicación con todos los puntos ocupados por los norte-americanos; se recordó á los militares la obligación que tenían de combatir contra los invasores, fué repartida en toda la República la contribución para reunir un millón de pesos y dictadas otras disposiciones para continuar la guerra. El general Scott y los jefes norte-americanos daban por tan segura una revolución en la capital, que constantemente preguntaban si ya había estallado. El gobierno norte-americano hizo varias indicaciones proponiendo nuevamente la paz, y Santa-Anna contestaba que el asunto había pasado al congreso que no se podía reunir. La "Estrella Americana," que se publicaba en Puebla, calificaba á Santa-Anna de *engañador*, asegurando que á la vez trabajaba por la paz é impulsaba la guerra; á éste le habían suscitado también muchos enemigos en la clase militar, los partes relativos á las diversas acciones de guerra.

Avanzaron de Puebla las divisiones al mando de los jefes Twiggs, Quitman, Pillow y Worth. En las poblaciones que iban ocupando establecían *cortes* en que se juzgaba por leyes de la Luisiana, de Alabama ú otras, en algunos lugares quedaron jueces mexicanos, pero en la mayor parte renunciaron. Constantemente arribaban á Veracruz buques con oro para el pago de las tropas invasoras, en tanto que las mexicanas estaban en la miseria.

El 8 de Agosto se reunió el ejército permanente mexicano en la villa de Guadalupe, donde pasó revista el general Santa-Anna, y en una proclama le aseguró que el general Valencia lo conduciría á la victoria. Desde el día anterior ya se había movido de Puebla la vanguardia del ejército invasor, cuyo total ascendía á cerca de once mil hombres. Al saber esto el día 9 se disparó un cañón, se tocó generala y las músicas militares se dirigieron á sus respectivos cuarteles, donde los exaltados prorrumpían en gritos de ¡viva México! pues aunque la defensa de la capital no estaba de acuerdo con los principios de la ciencia, sí estaba en consonancia con los sentimientos de la mayoría, que deseaba que México no sucumbiera sin combatir, animándolos el contar con un ejército de veinte mil hombres que, aunque improvisado y corto para guardar el perímetro de la capital, podía servir para llevar adelante el pensamiento de sucumbir peleando. La maestranza fundió cañones iguales á los del invasor, recompuso fusiles y construyó algun armamento; la fábrica de Santa Fe dió bombas, granadas, botes de metralla y balas de fusil y cañón; los recursos pecuniarios se sacaban de donde era posible, aun cuando fuese celebrando contratos ruinosos; el espíritu público pareció recobrarse y por todas partes resonó el grito de guerra, quedando el partido de la paz arrinconado y confuso.

La defensa se había de hacer en las trincheras, acudiendo el ejército de la Angostura por el flanco conveniente y las caballerías por retaguardia. Los diputados que quisieron reunirse, acordaron que, en el desgraciado evento de que la capital cayera en poder del invasor, se congregarían en Querétaro.

Las divisiones enemigas se reunieron en Ayotla, donde estableció su cuartel el general Scott; de allí se dirigieron á Tlálpam el día 17, dejando burladas las creencias de los que esperaban que atacarían el Peñón Viejo; esto produjo un efecto desfavorable. La división que mandaba el general Valencia quiso detenerlas en el lugar llamado Padierna, y aunque Santa-Anna desaprobó las disposiciones de ese jefe y le mandó que se replegara á Coyoacán y Churubusco, no fué obedecido; Valencia sufrió una completa derrota al amanecer del día 20, quedando entre

los muertos los jefes Peñúñuri y Frontera. Faltó con esto la base del plan de defensa, y la capital pudo considerarse desde aquel momento perdida.

Fué necesario concentrar las fuerzas á la segunda línea, y en esa retirada tan desastrosa, hubo que sacrificar los batallones de guardia nacional "Independencia" y "Bravo," en Churubusco, y á las cuatro de la tarde los invasores llegaban hasta las trincheras de la garita de San Antonio. En este mismo día solicitó el general Scott un armisticio y pedía que se propusieran algunos arreglos con el comisionado de los Estados-Unidos, Mr. Nicolás Trist, que acompañaba al ejército; Santa-Anna se prestó á oir las proposiciones y á que se negociara el armisticio, y se dirigió al presidente del congreso para que citara á los diputados que debían entender en el asunto.

El armisticio fué celebrado, suspendiendo las operaciones militares por el tiempo que necesitaran los comisionados de ambos países para arreglar las negociaciones, ó hasta que el jefe de uno de los dos ejércitos avisara al otro con cuarenta y ocho horas de anticipación. Se pactaron algunas otras condiciones y quedó ratificado el 24 de Agosto. El congreso no pudo reunirse por no haberse presentado más que veintiocho diputados, y otros protestaron desde Toluca contra cualquier arreglo. Santa-Anna calificó de absurda la guerra perpetua y por otra parte, en una circular á los gobernadores de los Estados, se les aseguraba que las operaciones volverían á comenzar el 7 de Setiembre; en una junta de guerra procuró oír las opiniones de los generales; pero estos dijeron que á los soldados no les tocaba más que obedecer al gobierno.

Los norte-americanos levantaron contra-guerrillas, una de las cuales mandaba un individuo llamado Walker, y algunos mexicanos los guiaban y aconsejaban, proceder que sublevó contra estos la indignación pública. Los primeros días del armisticio se emplearon en conferencias con el comisionado Mr. Trist, investido con plenos poderes para negociar un tratado de paz, amistad y límites entre ambas naciones, celebrando las juntas en el pueblo de Atzcapotzalco; pero un incidente vino á perturbar las esperanzas de los que deseaban la paz. Según un artículo del armisticio, podían los norte-americanos entrar á la ciudad á sacar víveres y cuando se presentaron en la mañana del día 27, fueron apedreados por la plebe y obligados á salir sin sacar el dinero y los víveres, que habían de llevar en los ciento catorce carros que conducían.

En junta de ministros se acordó entregar á Texas, pero limitando el territorio hasta el río de las Nueces, á condición de que quedaran terminadas las deudas que con los Estados Unidos tenía México. Se negaba la cesión de las Californias y Nuevo-México, la petición sobre tránsito por el istmo de Tehuantepec, la dispensa de derechos á los efectos introducidos durante la guerra. Llegábase á conceder una parte de la Alta California, pidiendo la garantía de la Inglaterra para el cumplimiento de los tratados. El comisionado Trist quiso que se extendiera el armisticio por cuarenta y cinco días más, hasta esperar la resolución de su gobierno; pero Santa-Anna se opuso y resolvió que siguieran las hostilidades, no obstante que

algunos le manifestaron la imposibilidad que había para el buen éxito. El gobierno mexicano pasó una nota á sus comisionados, comunicándoles que no consentía la prórroga del armisticio, ni menos la cesión de Nuevo-México, y en este sentido se formuló un nuevo tratado. Precisamente en aquellos momentos acusaba el diputado D. Ramón Gamboa á Santa-Anna de traidor á la Patria; acusación que en tales circunstancias fué inoportuna é imprudente.

Al grito de "la Patria está en peligro," y de que era necesario salvar la Independencia, la prensa oficial pedía que terminaran los enconos, los odios, las antipatías, que se apagara la tea de la discordia civil, siendo la *nacionalidad* la única causa que debía sostenerse, apoyándola en la unión, como primer elemento de defensa. ¿No era un crimen, exclamaban los partidarios de la guerra, que al ser asaltada una familia y amagados de muerte el padre y la madre, los hermanos estuvieran riñendo por un pedazo de pan ó por el sitio que cada uno habría de ocupar en la mesa? Enconábanse con dureza, contra los que por atender á sus negocios, ó por egoísmo no querían mezclarse en la guerra.

Cartas particulares daban á conocer las tropelías y las vejaciones que en Chihuahua hacían sufrir á la población los norte-americanos, que en pequeñas partidas recorrían los ranchos y pueblos, apoderándose de propiedades que sus dueños intentaban en vano recobrar; hacíanse justicia á su modo, aprisionando, azotando, saqueando y colgando de los árboles á todo el que les parecía enemigo; por tales excesos quedó Chihuahua casi vacía. En Oriente había declarado el general Scott, que cualquier descalabro ó la más leve pérdida sufrida por causa de las guerrillas, la haría recaer sobre las ciudades y moradores pacíficos que vivieran bajo su jurisdicción. Imponía la ley por donde transitaba, decretaba aranceles y destruía rentas ya establecidas.

Los que habían admirado en el pueblo de los Estados-Unidos á una nación civilizada, no podían comprender que se hubiera lanzado á la conquista de terrenos y pueblos que no le pertenecían. ¿Con qué títulos se presentaban los Estados-Unidos para llevar adelante el despojo? ¿Qué causas alegaban para haber llevado la guerra hasta el centro de la República? Ningunas admisibles, si no eran las mismas que en el año de 1836, cuando autorizaron al general Gaines para que se presentara en el territorio mexicano, con el pretexto de contener las hostilidades de los indios bárbaros; hostilidades que, según dijo nuestro ministro extraordinario en Washington entonces, no habían existido en otra parte que en la imaginación de los texanos y sus favorecedores. Hay necesidad de condenar una conducta tan injusta como extraña, ocasionada por la insaciable codicia del partido demócrata, que despreciando y hollando los preceptos del derecho de gentes, se apoderó por la fuerza de territorios que no le pertenecían.

En todas las proclamas mexicanas se leía, que sobre nuestras frentes imprimiría el invasor el sello de una esclavitud oprobiosa, cual la sufría la raza que ellos llamaban *gente de color;* que el dios de los norte-americanos era el oro, y que ejerciendo sobre las riquezas de México esa avidez, no quedaría para los mexicanos más que